



Juventud contrariada

Lois Moran Noah Berry
Charles Lane





DWAN, Allan

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.

47

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS - BARCELONA



Juventud contrariada

PADLOCKED, 1926
Sentimental producción.

Interpretada por *Nov. de Rex Beach*

LOIS MORAN, NOAH BEERY, LOUISE
DRESSER, CHARLES LANE, ALLAN
SIMPSON, DOUGLAS FAIRBANKS (h.)

Est. en España
3-5-28

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Juventud contrariada

• Argumento de la película

*Los malos son malos, no hay
duda, y se pierden... Pero
¿quién sería capaz de apre-
ciar el mal que los virtuosos
hacen?*

William Makepeace Thackeray

¿Quiénes son los justos ante Dios?



Enrique Gilbert era muy virtuoso. Tam-
bién era muy rico y estaba muy ansioso de re-
primir la llamada inmoralidad en todos sus
múltiples disfraces y manifestaciones.

La Liga contra la inmoralidad tenía en él
uno de los más firmes puntales.

Colaboraban con él infinidad de amigos de
una sociedad sana, y destacábase entre todos
ellos una joven cuya misión consistía, al pa-
recer, en sacrificarse por el bien ajeno.

Esa moralista era Bella Galloway, cuyo en-
tusiasmo por la moralidad era sobrepasado
únicamente por su devoción al moralista.

En efecto, débil como todos los humanos,
Bella se había enamorado del virtuoso, no sa-
bemos si atraída por sus peregrinas cualida-
des o por sus millones.

Sea por lo que fuere, la moralista incurrió
en una inmoralidad de peso: si duda peor que
las inmoralidades cometidas voluntariamen-
te o por la fuerza de las circunstancias, por-
que al menos éstas llenan la virtud, si, la vir-
tud de mostrarse sin cobardía. En una pala-
bra, el mal declarado es menos punible que el
que se oculta.

Naturalmente, Bella obraba con mucha cau-
tela, para no dar un paso en falso, si Gilbert
no era capaz de sentir lo que ella, con sus
mangoneos de hipócrita, trataba de insinuarle.

Aquella tarde, reunidos en el despacho del
hogar del virtuoso, que se entregaba a su
obra en cuerpo y alma, Gilbert mostrábase
abatido, como consecuencia de largos esta-
dios de proyectos, y Bella, con marcado inter-
rés, le dijo:

—Trabaja usted demasiado, don Enrique.

El la miró agradecido, sintiendo viva simpatía hacia ella, que tan buenos servicios le prestaba, y repuso, imponiéndose gustosamente la cruz de la abnegación:

—En la guerra contra el mal no puede haber un momento de tregua.

—¡Qué poderosa es su voluntad, don Enrique!

—No olvido que no me pertenecen todos sus elogios, Bella... Si no fuera por el ánimo que me inspiran admirables mujeres como usted, habría desfallecido ya en mi trabajo.

—Nosotras, yo por lo menos, cumplo mi deber ansiosa de parecerme un poco, un poco tan sólo a usted.

—También trabaja usted demasiado, Bella.

—En el trabajo hallo el mayor placer de mi vida. Tenga usted. He terminado ya el informe que me encargó acerca de los métodos para la reforma de las jóvenes descarriadas.

—¿Tan pronto? Déjemelo y lo examinaré esta misma noche. Si pudiese, lo haría ahora mismo, pero tengo que acudir a la reunión del Consejo de la Liga contra el Vicio.

Separáronse, pues, los dos moralistas, con gran pesar por parte de Bella, y Gilbert, sin pérdida de momento, acudió a la junta de sus compañeros, para tratar enérgicamente de importantes asuntos.

El fanatismo de Gilbert por el sancionamiento de la sociedad, sin concesiones de ninguna clase, empezaba a dejarse sentir, de un modo

cruel, en su propia casa, pues entendía que la "reforma", como la caridad, debía empezar por ahí.

Las consecuencias de tan exagerada conducta las pagaban los dos seres que constituían la familia del virtuoso: su esposa y su hija, relativamente joven la primera y una linda doncella de diez y siete años la última.

Edith, que así se llamaba la jovencita Gilbert, transmitía dolorosamente, aquella tarde, sus impresiones a su diario:

Mamá y yo íbamos hoy al Cine, Bella Galloway nos vio y se lo contó a papá. Mamá tuvo que darle a papá la mar de explicaciones. Aborrezco a Bella Galloway porque hace sufrir a mi madre.

Nos han mandado entradas para el teatro. Papá no quiso que fuéramos. Dice que esos espectáculos no son convenientes para las jóvenes.

Hoy es día de mi cumpleaños. Cumplio diez y siete y para celebrarlo mamá va a dar un conolte a varios de mis amiguitos. Papá no estará en casa. ¡Hurra!

Hechas estas confesiones de su alma joven y sedienta de libertad, Edith cerró el libro con un pequeño candado, y como en aquel momento apareciera su madre, le dijo, llena de melancolía:

—¡Qué triste es la vida, mamá querida!... ¡Prisionera con doble candado, así es cómo papá me quiere!

—Resignémonos, hija mía... Tiempos mejores vendrán, ya verás...

—¡Mamá, si no fuese porque le tengo a ti, preferiría morirme!

—¿Qué haría yo sin ti, hijita?

Todo lo que a mí me gusta es malo. Ni siquiera puedo continuar aprendiendo a bailar, porque papá dice que es inmoral.

—Cálmate, Edith... Es muy posible que papá sepa mejor que nadie lo que te conviene.

—¡Todas mis amiguitas son más felices que yo! Todo me está prohibido como si no hubiera juego sin peligro.

Y al pronunciar estas palabras, Edith contemplaba tristemente los efectos que contenía un mundo al que había denominado "cofre sin esperanza" y que eran propios de inocentes deportes como el *terós*, la equitación, y la danza clásica, por la que sentía gran vocación desde su más tierna infancia.

La comprensiva madre quiso ahuyentar la tristeza de su niña y le dijo mostrándole unos vestidos de muchacha:

—Este es tu vestido de esta tarde y este es el mío.

—¿Tan cortitos, mamá?

—Nuestra fiesta es infantil, y todos los que toman parte en ella deben parecer unos chi-

quillos. De modo que yo seré en la fiesta tu hermana gemela.

—¡Oh, mamá, qué linda estarás!

Y como la hora de la fiesta estaba al lle-



—Ni siquiera puedo continuar aprendiendo a bailar...

gar, las dos mujeres se vistieron las escasas ropas.

Los invitados fueron llegando, vestidos to-

dos de chiquillos, y reñó la más franca alegría.

Bailóse, cantóse, se comelieron mil diabluras, todas dignas de auténticos bebés, sin robasar, claro está, en ningún momento, los límites del buen gusto, tomando parte en el jolgorio madres e hijos; pero cuando más felices eran todos llegó de improviso el esbirro.

La escena que presenciaron sus ojos le dejó atónito. ¿Qué locura era aquella?

Un grupo de "chiquillos" jugaba a la gallina ciega. La madre de Edith tenía los ojos vendados y avanzaba hacia los jugadores para coger a uno de ellos y adivinar quién era. Otros bailaban o se hallaban entregados a diversos juegos.

Gilbert, indignadísimo, avanzó hacia el grupo de los que jugaban a la gallina ciega y se deluvo ante su esposa, arrancándole bruscamente la venda que cubría sus ojos.

El asombro de la compañera del tirano fué inenarrable, y ante la agresiva actitud de éste todos los presentes enmudecieron, temiendo una desagradable terminación de la divertida fiesta.

Edith participaba del mismo temor, pero se asía a la esperanza de que su padre, recordando que estaban celebrando su cumpleaños, disculparía aquella reunión de sus amiguitos.

La esposa reaccionó y, para desarmar al marido, le echó amorosamente los brazos al cuello y exclamó, ocultando su temor:

¿Tú aquí tan temprano, Enrique? ¡Qué bien!

Secamente, él repuso, apartándola:

Siento no haber llegado más temprano.

Edith decidióse a interceder por su madre y sus amigos, y acercándose a su padre le dijo con ternura:

Papá querido, ven... Te presentaré a mis amigos.

Pero fué inútil. Inflexible, el virtuoso respondió:

Será preferible que despidas a tus amigos.

Pero, papá... suplicó Edith.

Y la esposa:

Pero, Enrique...

Yo no puedo tolerar semejante escándalo en mi casa — contestó, airado, Gilbert. Y, dirigiéndose a los invitados —: En nombre de mi esposa y de mi hija, les doy las buenas noches... Y añadió, por las madres de las jovencitas que asistían a la fiesta —: Yo mismo me encargaré de hablarles a sus padres acerca de este escándalo.

Doloridas, Edith y su madre se abrazaron y fueron despidiendo a sus amigos, que se hacían cargo de la amargura que las embargaba y a la cual sinceramente se unían.

Los invitados fueron desfilando, y uno de ellos, madre de dos amiguitas de Edith, no pudo menos de decirle a Gilbert al pasar por su lado:

das de chiquillos, y reñó la más franca alegría.

Bailóse, cantóse, se cometieron mil diabluras, todas dignas de auténticos bebés, sin rebasar, claro está, en ningún momento, los límites del buen gusto, tomando parte en el jolgorio madres e hijos; pero cuando más felices eran todos llegó de improviso el esbirro.

La escena que presenciaron sus ojos le dejó atónito. ¿Qué locura era aquella?

Un grupo de "chiquillos" jugaba a la gallina ciega. La madre de Edith tenía los ojos vendados y avanzaba hacia los jugadores para coger a uno de ellos y adivinar quién era. Otros bailaban o se hallaban entregados a diversos juegos.

Gilbert, indignadísimo, avanzó hacia el grupo de los que jugaban a la gallina ciega y se detuvo ante su esposa, arrancándole bruscamente la venda que cubría sus ojos.

El asombro de la compañera del tirano fue inenarrable, y ante la agresiva actitud de éste todos los presentes emudecieron, temiendo una desagradable terminación de la divertida fiesta.

Edith participaba del mismo temor, pero se asía a la esperanza de que su padre, recordando que estaban celebrando su cumpleaños, disculparla aquella reunión de sus amiguitos.

La esposa reaccionó y, para desarmar al marido, le echó amorosamente los brazos al cuello y exclamó, ocultando su temor:

—¿Tú aquí tan temprano, Enrique? ¡Qué bien!

Secamente, él repuso, apartándola:

—Siento no haber llegado más temprano.

Edith decidióse a interceder por su madre y sus amigos, y acercándose a su padre le dijo con ternura:

—Papá querido, ven... Te presentaré a mis amigos.

Pero fué inútil. Inflexible, el virtuoso respondió:

—Será preferible que despidas a tus amigos.

Pero, papá... suplicó Edith.

Y la esposa:

—Pero, Enrique...

Yo no puedo tolerar semejante escándalo en mi casa — contestó, airado, Gilbert. Y, dirigiéndose a los invitados —: En nombre de mi esposa y de mi hija, les doy las buenas noches—. Y añadió, por las madres de las jovencitas que asistían a la fiesta—: Yo mismo me encargaré de hablarles a sus padres acerca de este escándalo.

Doloridas, Edith y su madre se abrazaron y fueron despidiendo a sus amigos, que se hacían cargo de la amargura que las embargaba y a la cual sinceramente se unían.

Los invitados fueron desfilando, y uno de ellos, madre de dos amiguitas de Edith, no pudo menos de decirle a Gilbert al pasar por su lado:

—¿Don Enrique, es usted el hombre más mal pensado que he conocido en mi vida!

Señora — respondió Gilbert friamente —, su esposo tiene toda mi simpatía.

Al poco el salón quedaba desierto y en la mesa del comedor quedaba abandonado el enorme pastel de cumpleaños.

Edith y su madre esperaban con angustia el momento de las cargas que les haría el despota.

Este llegó al desaparecer el último invitado. Gilbert acercóse a su hija y le dijo:

—Edith, lo siento por ti. Tu mamá tiene la culpa.

Pero la jovencita, apartándose de él fué a refugiarse en los brazos de su madre.

—Mamá, yo no puedo vivir de esta manera — gimió.

—No llores, niña, no llores...

Y madre e hija se alejaron hacia las habitaciones superiores.

Indiferente a la pena de las dos mujeres, encaminóse Gilbert a un saloncito particular y, nervioso, apagó el fuego de la chimenea.

Poco después atravesó aquella estancia su esposa, para retirarse a su aposento, y él la detuvo.

—He de hablarte.

—Es mejor que esperes a mañana... después de haber meditado sobre lo que has hecho.

—No tengo necesidad de reflexionar. Se lo

que he de hacer, y estoy dispuesto a obrar conforme a mi conciencia.

¿Qué tienes que reprocharme?

Este incidente me ha convencido de que no eres digna de ser la madre de Edith.

¿Es posible que oses insultarme de ese modo?

Mi resolución está tomada... Mañana la mandaré a vivir con mi hermana Elena.

¡Oh, no; nunca!

Ahora eres tú quien debe reflexionar... y ceder.

¡Quiero hablar con Edith!

Ya le hablaré yo. Tú no volverás a verla.

¡Enrique, déjame ir a verla! ¡Déjame salir de aquí! ¡Es mi hija!

También lo es mía, y no hago más que velar por ella.

¡Aparta! ¡Quiero salir!

¡No! Esta noche dormirás sobre el sofá. Te sacaré de aquí cuando Edith se haya marchado de esta casa.

Como una tigresa la pobre madre pugnó por apartar de la puerta al esbirro, y éste, dejándose llevar de su indignación, le dió un empujón para que pudiera cerrar libremente el saloncito, y por efecto del mismo la infeliz mujer fué a caer junto a la chimenea apagada, hiriéndose de gravedad en la cabeza al chocar contra unos hierros.

Y ya no despertó más, muerta en el más completo abandono a causa de la crisis de fie-

bre provocada por la herida y que se complicó fatalmente con el aire que soplaba la chimenea.



Nada podía consolar a Edith.

De regreso de enterrar a la mártir, Gilbert presentó a Edith a la astuta Bella.

¡Pobre hija mía! Deja que la señorita Galloway te consuele. Ella ha tenido la bondad de quedarse aquí con nosotros para atenderte.

El espanto más atroz se reflejó en el pálido rostro de la huérfana.

¡Atenderme a mí esa mujer! — exclamó retrocediendo.

Edith, no seas desconsiderada. Vas a necesitar compañía, y la señorita Galloway será tu amiga y consejera.

¡Oh, papá, qué cruel eres! ¡Después de haber perdido a mamá!

Bella miraba a hurtadillas odiosamente a la rebelde.

Hilita, no seas así... La señorita Galloway es muy buena...

¡Oh, calla, calla! ¿Cómo has traído aquí a esta mujer que contribuyó como nadie a destruir la vida de mamá? ¡Pobre madre mía!

— ¿Qué dices, hija mía? ¿Has perdido el juicio?

Bella intervino hipócritamente.

— No se enoje con ella, don Enrique. Está trastornada.

— ¿Se lo que me digo! ¡Si, la mató tu intransigencia, tu crueldad! ¡No quiero vivir aquí ni un día más!

— ¿Qué manera de hablar es esa?

— Déjala, don Enrique... Son sus nervios...

— Es una rebelde, Bella, y hay que corregirla.

— Tiempo habrá para ello, don Enrique... Respetemos ahora su dolor.

Gilbert dejóse convenecer por los hipócritas razonamientos de Bella, y Edith aprovechó la ocasión para fugarse aquella misma noche.

Y Gilbert no supo una palabra de ella durante varios meses.

Hasta que un día Bella le entregó un programa de un *cabaret* en el que rezaba entre otros el siguiente anuncio:

Edith Gilbert, la sensacional estrella de baile.

Y contentó:

— ¡La hija de Enrique Gilbert en un *caba-*

ret de Broadway! ¡Lo ha hecho a propósito para humillarle!

Está dejada de la mano de Dios. En la penitencia hallará el castigo — repuso secamente el virtuoso.

En tanto en el cuarto de las artistas del aludido *cabaret*, Edith se maquillaba para interpretar su número de bailes exóticos.

No había encontrado un medio mejor para ganarse la vida, y lo hacía honestamente.

Una de las artistas de infima categoría, que se había hecho buena amiga suya, la estuvo contemplando mientras se arreglaba, y le dijo con simpatía:

—¡Qué remonistina estás, chiquilla! Ahora comprendo la chifladura del joven Van Pelt por ti.

Edith se echó a reír y dirigió su pensamiento hacia el mentado admirador.

Este no faltaba ningún día al *cabaret* y aquella noche ocupó su mesa reservada con un amigo íntimo, al que deseaba presentarle a Edith.

Pero el amigo, que era un escéptico, le dijo burlón:

—¿Qué tontería es esa de enamorarse perdidamente de una bailarina de *cabaret*?

—Edith no es una bailarina de *cabaret* como las demás...

¡Qué sabes tú, tontaina! ¡Claro, todas son distintas, en la forma, pero en el fondo son igualitas!

Te aseguro que no... Cuando la veas...

Edith no tardó en aparecer y su actuación fué premiada con grandes aplausos, sobresaliendo los de Van Pelt.

El amigo convino en que la chica era boni-



Edith se maquillaba...

ta, pero se mantuvo en su opinión sobre todas las artistas en general.

Van Pelt fué al escenario a saludar a Edith y la invitó respetuosamente a una fiesta que él daba aquella noche.

Pero ella declinó la invitación, excusándose en que debía acostarse temprano

porque al día siguiente tenía que ir a bailar al estudio de un profesor de danzas clásicas.

Van Pelt regresó a su mesa, a la que acababa de sentarse la amiga de Edith, y todos leyeron en su rostro la negativa de la linda bailarina.

La amiga de ésta extrañóse de ello y al renunciarle con ella le pidió una explicación, pues no llegaba a comprender que se hubiese negado a estrechar sus relaciones con el interesante adorador.

¿Qué es eso de querer acostarse temprano? — le dijo.

— Sí, Perla. El profesor Lorelli, por recomendación del señor Hermann, quiere verme bailar mañana temprano en su estudio.

¿Monte Hermann? ¿Qué intención guiará a ese saltamontes de Hermann? Ninguna buena, por supuesto.

Perla, ¿sabes que eres muy desconfiada? El señor Hermann ha sido muy bondadoso conmigo.

Mira, sigue mi consejo... tú no tienes experiencia de la vida... Si Hermann continúa queriendo ser tu protector, ponte en guardia, muchacha.

— ¡Bah! Tú ves maldad en todas partes...

Pero Perla no se equivocaba respecto a las intenciones de Hermann. Este, hombre rico y caprichoso, se había enamorado de la joven artista y la deseaba para sí. Bajo el pretexto

de lanzarla en el verdadero arte coreográfico, preparó una entrevista en casa de un reputado profesor, y el resultado de la prueba fue satisfactorio para Edith, por sus merecimientos.



...bailó con arte y sentimiento...

tos, pues bailó con arte y sentimiento, pero hubiese sido lo mismo de haber bailado mal, ya que estaba convenido que el profesor pronunciaría un fallo favorable.

Hermann iba acompañando de una mujer de distinguido porte que para Edith era una pariente suya cuando en realidad no era más que su "amiga" y cómplice obligada en la conquista de la ingenua danzarina.

La lozanía de Edith había hecho nacer en Hermann un abrasador deseo, y por conseguir su realización el rico estaba dispuesto a todo.

Viendo bailar a Edith su pasión adquirió caracteres de enfermedad y exigió de Lois, su "amiga", que la invitase a pasar el fin de semana en su magnífica casa de campo de los alrededores de la ciudad.

Lois no pudo negarse. Era una esclava de Hermann y debía acatar todos sus caprichos para no perder su amistad y protección...

Debe estar fatigada después de tanto tiempo de trabajar sin descanso... le dijo—. ¿Le gustaría venir a pasar unos días al campo con nosotros? El señor Hermann lo arreglará todo con el profesor.

Y Edith, ilusionada, confiando en que en el mundo también había bondad, aceptó de mil amores.



En la casa de campo, la tarde del domingo, Edith recibió una gran sorpresa.

Habíanse reunido en la casa numerosos invitados y entre éstos se hallaban Van Pelt y su escéptico amigo.

Al verse, Edith y Van Pelt se apresuraron a prodigarse amables frases, y él no pudiendo esperar más tiempo, alejóse con ella por el jardín y le confesó su verdadero amor.

La exquisita criatura creyó en la sinceridad de las palabras y miradas de Van Pelt, y le iba a entregar sus labios, cuando Lois, enviada a ellos por Hermann, que había comprendido en seguida que su invitado era un temible rival, impidió el anhelado beso, llamando a Edith al surgir, como si acabase de llegar, de unos árboles detrás de los que estuvo oculta.

El señor Hermann te llama — le dijo

— Voy en seguida.

Y Edith se alejó.

Van Pelt, malhumorado, censuró a Lois — a quien conocía por lo que era... — su inoportuna llegada.

¿No le habría sido lo mismo venir un



La exquisita violinista creyó en la sinceridad de las palabras y miradas de Van Pelt...

poco más tarde? Yo creía que eras mi amiga...

Soy amiga tuya, pero también lo soy de Hermann.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No tienes ojos para ver y entendimiento para comprender?

Edith es la muchacha más inocente que existe.

Todas lo hemos sido.

¿Qué pretendes insinuar?

—Ven.

Lois regresó con Van Pelt a la casa y se detuvo junto a la entrada del salón.

Hermann rodeaba el talle de Edith, presentándola a algunos invitados, y la jovencita, ajena al daño que se le quería hacer, correspondía al cariñoso gesto pasando a su vez su brazo por el hombro de su generoso protector.

Y dijo Lois a Van Pelt:

—Ya lo estás viendo, Norman... Cuando Monte Hermann se propone deslumbrar a una muchacha, lo consigue.

Van Pelt dudaba aún de lo que estaba viendo claramente, pero la ingenua Edith se mostraba tan contenta abrazada a Hermann, que terminó por rendirse a la evidencia.

—Gracias, Lois... —murmuró—. El escéptico Clark tiene razón... Todas son iguales... Esa mujer no me verá más... Suspendí un viaje por ella, y lo emprenderé para olvidarla por completo. ¡Qué desengañante!

—No te preocupes, Norman. Con tu dinero y tu tipo encontrarás cuantas mujeres quieras.

Inmediatamente Van Pelt abandonó el salón.

e iba a partir, cuando Edith corrió a su encuentro.

—¿Cómo? ¿Se marchaba usted?

—Señorita Gilbert, permítame que le dé las gracias por lo que he aprendido con usted — respondió, severo, Van Pelt; e inclinándose respetuosamente ante ella se alejó de la casa.

En aquel momento vino a pasar cerca de Edith el amigo de Van Pelt, y ella, no volviendo de su asombro, preguntó a éste qué motivo tenía su íntimo para marcharse de tan extraña manera.

El escéptico repuso, sin detenerse a más:

—Tal vez Van Pelt no es tan tolerante acerca de las relaciones de usted con Hermann como lo somos nosotros.

—Pero ¿qué mal hago en relacionarme con ese caballero? — quedóse preguntando Edith.

Y atribuyendo a celos absurdos de su amado su brusco despido, Edith se dejó mecer por la esperanza de que, si el amor de él era sincero, volvería para tener una explicación que pusiera en claro la verdad.

Entretanto Hermann felicitaba a Lois por su habilidad en sumergir a Van Pelt en el equivoco...

Perla, la artista amiga de Edith, temiendo por la cándida muchacha, escribió a su padre la siguiente nota:

Soy una amiga de su hija, Monte Hermann, bajo la capa de protegerla, tiene aviesas intenciones.

Gilbert mostró esa nota a la moralista Bella, que se había convertido en su secretaria particular, y ésta comentó, con una preocupación que estaba lejos de sentir:

—Si pudiese usted, don Enrique, traerla a un lugar bien ordenado, una atmósfera de amor, simpatía y mutua inteligencia...

Gilbert miró sorprendido a Bella.

—Supongo que no pretende insinuar que debería volver a casarme... — osó decir, creyendo comprender.

—Todavía es usted joven...

—¡Por Dios, Bella! ¡Qué mujer iba a querer a un viejo como yo!

—No se... pero estoy segura de que la contraria...

—¿Cree usted? Para no ir más lejos... ¿Sería usted capaz de casarse conmigo?

—Oh, señor Gilbert! ¿Cómo es posible que haya interpretado mis palabras de esta manera? Su insinuación me mortifica...

Pero Gilbert no retrocedió, adivinando que Bella estaba dispuesta a ser su esposa, y la abrazó apasionadamente... sin que ella protestara.

¡Odiosa hipócrita! ¡Al fin conseguiría lo que se había propuesto!

Desde el momento de su derrota por la pérfida Bella, Gilbert empezó a construirse la cruz para el calvario que se merecía...

Impulsado por ella, mandó detener, como menor de edad, a Edith, y se entrevistó con ella, en compañía de Bella, ante el juez femenino del Tribunal de Mujeres.

Edith dirigió miradas de odio a Bella y saludó friamente a su padre.

Gilbert le dijo, adoptando humilde actitud:

—¡Pobre palomita mía! Mi esposa y yo hemos venido a recogerte para llevarte a casa con nosotros.

Edith tambaleóse al recibir la noticia del matrimonio de su padre con Bella, y la envolvió nuevamente en furibundas miradas. ¡Ah, maldita!

Gilbert prosiguió:

—Bella será una verdadera madre para ti.
¡Una verdadera madre! — exclamó la infeliz irónicamente.

El juez tomó la palabra.

—Edith, es usted menor de edad y ha escogido una vida que la expone a la ruina moral... Voy a mandarla a su casa con su padre y con su madre.

—Mi madre murió y no tengo padre — replicó categóricamente la huérfana.

—Edith, si se niega usted a ir a su casa tendré que mandarla a una Institución de Reforma — sentenció el juez, procurando convencerla.

Pero Edith contestó, oponiéndose a acatar el deseo de su padre:

—Prefiero ir a cualquier parte a vivir bajo el mismo techo con esta mujer.

—¡Oh! — rugió Gilbert, mirando a Bella, que fingía sufrir resignadamente las ofensas que Edith le infería.

El juez se vió, pues, en el caso de decidir.

Señor Gilbert, no puedo mandar a su hija a un Correccional a menos que usted y su esposa tengan la convicción de que saldrá beneficiada con ello.

¿Qué resolvería el padre?

Bella levantóse y fué a consolar a su marido.

—Enrique, ten valor. Ruegale a Dios que te guíe. Es preciso pensar en el porvenir de Edith.

Y Gilbert, acuciado por la bribona, respondió al juez:

—Si... Hay que poner su salvación por encima de todo lo demás. Dios me dará fuerza para poder llevar mi corona de espinas. El bienestar moral de mi hija debe ser puesto en manos más firmes, más fuertes y más hábiles que las nuestras.

La sentencia estaba pronunciada.

—Edith — dijo el juez —, va usted a ser llevada a un Correccional por un periodo no menor de dos años ni mayor de cinco.

Y se oyó un grito y la caída de un cuerpo.
¡Edith se había desmayado!



Con Edith "a buen recaudo" y con la luna de miel en su ocaso, Bella empezó a vivir a su gusto. La moral pedía variación y se pasaba al otro bando con incalificable desfachatez. Cortóse el pelo, adquirió costosos vestidos, y se quitó descaradamente la careta.

Gilbert pretendió protestar, pero la hipócrita le hizo doblegar su voluntad con arrumacos de felino,

Luego llamó a su lado a toda su familia, compuesta por una madre borracha y un hermano y una hermana indeseables bajo todos los conceptos. ¡El caos!

Gilbert tuvo que tolerar a sus parientes, pero sus compañeros de la Liga contra la inmor-



Gilbert pretendió protestar.

alidad le llamaron la atención sobre lo que sucedía en su casa, donde el vicio reinaba, y armóse de valor para imponer su autoridad.

Pero su gesto de Quijote le fracasó. Bella lo esperaba, y saliendo en defensa de su "honorable" familia, echó en cara a Gilbert el que uno de la suya, su hija nada menos, estuvie-

se en un Correccional; y terminó diciéndole:

—Si no andas con cuidado revelaré al mundo cómo murió tu primera mujer, dónde está tu hija y quién la llevó allí.

—¡Oh, calla, calla!

—¡Hipócrita! A pesar de tus pretensiones de



—Si no andas con cuidado, revelaré al mundo cómo murió tu primera mujer...

moralidad, no eres capaz de abrigar un solo sentimiento puro.

Pero, Bella... ¡basta, basta!

Cuando quieras deshacerte de mí y de mi familia, lo único que tienes que hacer es extender un cheque bien grande.

Y, como no podía menos de suceder, la ruptura fué un hecho. Media fortuna le costó a Gilbert el limpiar su casa de parásitos.

¡Cuánto mal había causado, pensando obrar bien!

¡Qué ciego había sido!

¡Qué miserablemente se había portado con su digna Edith!

✱
✱

Hermann, en compañía de Lois, enterado del paradero de Edith, consiguió sacarla de su encierro, bajo palabra, y la llevó a la casa de campo.

Lois, que se sentía atraída hacia la infeliz criatura por cierto cariño, reprochó inútilmente a Hermann su pertinaz intento de conquistar a la virgencita, y cierta tarde, hallándose en el jardín con ella, en el mismo lugar donde Van Pelt se le declaró, le tiró cariñosamente de una oreja para despertarla de sus pensamientos; y dijo Edith, sorprendida y abrazándola con toda su alma:

—Mi madre acostumbraba hacerlo.

Lois turbóse. El afecto que le demostraba Edith era casi filial. ¡Señor, qué ternura tan grande! Y los instintos maternales que toda mujer lleva en lo más hondo, despertaron en ella, impulsándola a la bondad, a regenerarse.

Unos días después Hermann trataba de ganar para su causa con falsas promesas a Edith, abrigando la esperanza de conseguirlo. Lois, resueltamente, interrumpió el coloquio y dijo a la inescala:

—¡Edith, no te fies de él!

—¡Lois! — gritó Hermann, furioso.

Pero Lois siguió adelante, y reveló a Edith lo que la esperaba si seguía escuchando a aquel larsante, que había hecho con ella lo que ahora pensaba hacer con la jovenita.

Edith, desesperada, rompió a llorar, y dijo, recordándole todo:

—Esto es lo que Perla quiso decir... Por esto Norman Van Pelt me abandonó...

Hermann sonreía irónicamente ante Lois. Habían terminado para siempre.

—Si, ya se que esto significa mi fin — díjole ella—. Mas, suceda lo que suceda, me quedará siempre la íntima satisfacción de haber tenido el valor de afrontarlo. Doy gracias a Dios por haberme hecho conservar la dignidad suficiente para poder hacer esto por ella.

No terminaba ahí la buena acción de Lois. En aquel momento llegó Van Pelt, al que ella telegrafió notificándole la verdad sobre el caso de Edith, y ésta, en medio de su dolor, halló la felicidad como compensación de tantos sufrimientos.

Pero...

Era cierto... Edith no era libre... Estaba fuera del Correccional bajo palabra de Her-

mann y no podía casarse con Van Pelt hasta que hubiese cumplido su condena.

¡Si su padre fuese más humano!

Pero estaba escrito que las amarguras de Edith habían llegado a su fin, puesto que en aquellos instantes apareció, grave y silencioso, como un muerto en vida, Gilbert, el padre a quien el destino había dado tan dura lección.

Había ido al Correccional para hacerse perdonar por su hija, y, enterado de que se hallaba en casa de Hermann, venia a reclamarla.

Al verle, Edith desplomóse al suelo temiendo que la reconduciría sin piedad al Correccional, pero Gilbert, llorando, apartó a Van Pelt, que se acercó a socorrer a su amada, y la levantó en sus brazos.

¡Iba a volverla a la cárcel?

¡No! ¡Jamás! En adelante se consagraría únicamente a su bienestar.

¡La llevaba hacia la libertad!

Y en ella, en la libertad para pensar y obrar, para vivir alegre y generosamente, Gilbert encontró por fin la llave de la dicha.

Van Pelt fué aceptado por yerno, pues su amor por Edith era puro, y Lois, que quedó desamparada por su generosa acción con Edith, fué admitida en el seno de la nueva familia.

Y Edith olvidó, en la amistad de Lois y en el cariño paterno y el amor de su marido, su triste pasado.

Y su madrecita, desde el cielo, sonreía.

FIN

B